

estudiados, como por ejemplo la influencia de la *Vida de Esopo* en el Arcipreste de Hita y el *Lazarillo de Tormes*, y en la novela en general.

Son, por tanto, sesenta y seis amplios trabajos los recogidos en este voluminoso libro que dan una idea bastante clara de la evolución de los estudios de la fabulística a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, más los seis estudios que se publican aquí por primera vez.

JOSÉ MARÍA MARCOS PÉREZ

M. Á. GONZÁLEZ MANJARRÉS-M^a. C. HERRERO INGELMO, *El Dioscórides grecolatino del Papa Alejandro VII. Manuscrito Vat. Chigi 53 (F. VII 159)*, Madrid, Biblioteca Apostólica Vaticana y Testimonio Compañía Editorial, 2001, 420 pp. ISBN 84-88829-72-8.

La Compañía Editorial Testimonio ha publicado ya admirables facsímiles de muchos libros y documentos de gran importancia cultural. Agrupa esas publicaciones en diferentes series, una de las cuales es la Colección Scriptorium, formada por reproducciones fidelísimas de manuscritos, cada una de ellas acompañada de un volumen complementario que ofrece la información necesaria para poder apreciar debidamente el ejemplar reproducido. El libro que ahora reseñamos es el volumen complementario del facsímil de un códice del siglo XV, guardado en la Biblioteca Apostólica Vaticana, el cual contiene los magníficos dibujos coloreados de plantas y animales realizados en su origen para ilustrar el *De materia medica* de Dioscórides. El manuscrito procede de Bizancio, concretamente del Monasterio de San Juan Bautista de Constantinopla, de donde pasó a Italia y formó parte de los libros del Cardenal Fabio Chigi, elegido después Papa con el nombre de Alejandro VII (1655-1667).

Como el manuscrito reproduce sólo las ilustraciones, sin incluir texto (aunque sí da los nombres de las plantas y animales en griego y en latín, añadidos por diversas manos), el comentario de los Dres. González Manjarrés y Herrero Ingelmo tiene que consistir, sobre todo, en explicar la relación de las ilustraciones con lo que escribieron Dioscórides y sus continuadores. Los dos son reputados filólogos e investigadores de la historia de la medicina, de modo que realizan esa labor de forma plenamente satisfactoria. Puesto que fue concebido como un auxiliar, el libro muestra toda su utilidad cuando se lee comparándolo con el facsímil, pero tiene en sí mismo notable autonomía, ya que reproduce más de cuarenta ilustraciones de aquél de forma muy cuidada, de tal manera que quien sólo disponga de él puede hacerse una idea cabal de la riqueza del original y en muchos casos seguir las explicaciones de los autores con las figuras delante. La de la p. 42, por ejemplo, es un testimonio muy interesante de una superstición relativa a la extirpación de la mandrágora, atestiguada desde finales

de la antigüedad hasta hoy. Los interpoladores del Pseudo-Apuleyo explican un procedimiento seguro para arrancarla, que es el aludido en ese dibujo. Como las virtudes mágicas de la planta matan sin remedio a quien la extraiga de la tierra, hay que atar a ella un perro hambriento y luego mostrarle comida. El impulso violento del can para abalanzarse sobre ella extraía la planta del suelo. De esta manera moría el animal y el herbolario podía conseguir sin riesgo la maravillosa mandrágora. La ilustración que comentamos (que ha sido elegida con acierto también para la portada del libro) muestra a la Sabiduría entregando a Dioscórides la planta, de la cual pende una cuerda atada a un perro muerto. Es muy superior a la que reproduce A. Delatte del manuscrito de Monte Casino del herbario latino del Pseudo-Apuleyo como testimonio gráfico de la superstición en su discusión del tema (*Herbarius. Recherches sur le cérémoniel usité chez les anciens pour la cuillete des simples et des plantes magiques*, Liège 1938, 130-148). Nuestro libro contiene otras dos láminas con representaciones de la mandrágora (pp. 43 y 270): en todas ellas se advierte el famoso parecido de la raíz con la figura humana. Los autores citan a este respecto un texto muy pertinente del médico Andrés Laguna, según el cual no faltaban desaprensivos que exageraban artificialmente esa semejanza con el fin de asombrar a los incautos. El resultado de estas supercherías puede ilustrarse muy bien con la lámina de la planta incluida en un nuevo volumen que los mismos Dres. González Manjarrés y Herrero Ingelmo han dedicado a comentar otro códice de la Biblioteca Vaticana, el mal llamado Dioscórides latino, que perteneció también al Papa Alejandro VII (Madrid 2004, 324, lám. 38 y portada). El libro que reseñamos reproduce además notables dibujos en colores de aves, muy superiores a los de mamíferos y reptiles, aunque entre éstos se encuentran algunos tan curiosos como la tosca ilustración de un hipopótamo que arroja dos chorros de agua por su boca o la del castor que vuelve la cabeza para cortarse los testículos y escapar así a la codicia de quienes lo persiguen para obtener esas preciosas glándulas (p. 318). Los autores recuerdan atinadamente la creencia popular sobre la automutilación del animal y aclaran que el castóreo, precioso para la medicina, no proviene en realidad de los testículos del castor, sino de dos glándulas crasas que el animal tiene en el abdomen.

El libro empieza con una amplia introducción (pp. 7-62), sigue con el comentario, una por una, de las ilustraciones (pp. 65-393) y se cierra con cuatro índices que recogen los nombres españoles y científicos de plantas y animales.

El origen de las ilustraciones que componen el manuscrito se estudia en la introducción (pp. 44 ss.). Se ha dicho que tiene dos fuentes: el famoso manuscrito vienés de Dioscórides (s. VI), dedicado a Anicia Juliana, hija del emperador Olibrio, y el de la Biblioteca Pierpont Morgan, en Nueva York, M652 (s. IX o X; *vd.* ahora L. Brubaker, "The Vienna Dioskorides and Anicia Juliana", en *Byzantine Garden Culture*, *Dumbarton Oaks* 2002, 205, n. 22). Los Dres. González Manjarrés y Herrero Ingelmo matizan más esa dependencia y sugieren que hay que pensar más bien en la influencia de un antepasado del ms. Morgan. Su discusión de los problemas de la

transmisión tanto del texto como de las ilustraciones del *De materia medica* es clara y está muy bien informada. Para quienes se interesen especialmente por las ilustraciones de plantas en papiros, conviene advertir que es muy útil el “Verzeichnis illuminierter edierten Papyri, Pergamente, Papiere und Ostraka”, del libro (pp. 227-261) de U. Horak, *Illuminierte Papyri, Pergamente und Papiere* I, Wien 1992, que debe manejarse junto con el correspondiente índice de materias (pp. 262-278). Cf. también últimamente D. Fausti, “Erbari illustrati su papiro e tradizione iconografica botanica”, en *Testi medici su papiro. Atti del Seminario di studio*, Firenze 2004, 131-150.

Volviendo a la introducción del libro que reseñamos, hay que resaltar que informa también sobre otros puntos interesantes y quien la lea con atención obtendrá muchas informaciones valiosas sobre Dioscórides y su obra médica, como las implicaciones autobiográficas de la frase οἶσθα γὰρ ὑμῖν στρατιωτικὸν τὸν βίον (*sic*, hay una errata en p. 10, lín. 8), las observaciones sobre el manuscrito que utilizó Laguna para su traducción del *De materia medica* y el valor del *Escorialensis* III R 3 (pp. 15, 19), la precisión (p. 33, n. 81) sobre la versión anglosajona que figura después de la del *Herbarium* de Apuleyo como “*Herbarium* of Apuleius continued from Dioskorides, etc.” en la benemérita compilación de O. Cockayne, *Leechdoms, Wort-cunning, and Starcraft of Early England* I, London 1864, 249-325. También hay útiles precisiones sobre el mismo manuscrito Chigi objeto del comentario. Por ejemplo, la demostración de que el copista D maneja a Plinio directamente y no a través de Mateo Silvático (pp. 49 s.), o la posible identificación del autor del índice con el copista C: como el manuscrito indica que dicho índice se acabó el 5 de mayo de 1511, el dato es importante para la cronología de las diferentes manos que intervinieron (pp. 50 s.).

Después de una bibliografía pertinente y actualizada, sigue el índice alfabético que figura en el manuscrito (pp. 65-93) y a continuación el comentario sobre cada una de las ilustraciones tal y como aparecen en el volumen principal. Para las plantas, es sobre todo médico, con referencia a Dioscórides, a Plinio, a Laguna y a otros. Ocasionalmente se señalan supersticiones y supuestas virtudes mágicas, como ocurre con el espino, que, colocado en puertas y ventanas, repele los maleficios (p. 212). Al tratar del μῶλυ (p. 190) y aunque Dioscórides no lo diga (III 47), convendría indicar que es el nombre de la famosa planta mágica (*clarissima herbarum est Homero teste*, dice Plinio, *NH* XXV 26) de raíces negras y flores blancas que da Hermes a Odiseo como amuleto contra los hechizos de Circe (*Odisea* X 302 ss.).

En los comentarios sobre las representaciones de animales se encuentran más informaciones sobre creencias pintorescas, con citas además de Aristóteles, Nicandro, Opiano, Eliano, la paráfrasis de Dionisio de Filadelfia, etc. Así, la bebida de sangre de cabrón provoca ataques a los epilépticos (p. 313), usos curiosos de la concha de la sepia, según Laguna (p. 330), por qué se dice que los camaleones se alimentan del aire (p. 333), razón de que las serpientes tengan sed y nunca envejezcan (p. 346),

capacidad del basilisco para matar con la vista (p. 352, aquí la explicación de Laguna recuerda a las justificaciones del mal de ojo, basadas en última instancia en una teoría de las sensaciones que se remonta a Demócrito y a los atomistas), creencias sobre la murena (pp. 364 ss.), melomanía del pez llamado pastinaca (p. 366), cómo curarse de la ictericia transfiriéndola a una pájaro (p. 374), cómo se protegen las palomas de los hechizos (p. 378), curiosidades sobre la gallina sultana y el ave llamada cataractes (pp. 386 s.). Muchos lectores agradecerán, sin duda, estas curiosas informaciones. Añadamos por nuestra parte que el torcecuello (*Iynx torquilla*), del cual se trata en p. 378, se utilizaba mucho en magia amorosa (Píndaro, *P.* IV 213-217, Teócrito II 17, etc.; bibliografía en M. Haase, “Iynx”, *DNP* VI, 1999, col. 119) y que la noticia contenida en la paráfrasis del *De aucupio* III 20 (recogida en p. 375), según la cual la mejor manera de cazar el pájaro llamado *aegithalus* (el mito) es untar con liga las ubres de las cabras, pues esas aves suelen mamarles la leche, implica una confusión con el αἰγοθήλας, el *caprimulgus*, nuestro chotacabras, del cual hemos tratado en “Magia y supersticiones antiguas en el mundo actual” (*Epieikeia. Homenaje al Prof. J. Lens Turo*, Granada 2000, 161 ss.).

Con las panteras ha ocurrido algo curioso. Al comentar la ilustración de este animal (p. 329), los autores advierten con razón que el nombre griego πάρδαλις se aplica también a los leopardos y citan un texto de Eliano (*NA* IV 49) en la traducción de Díaz Regañón (Madrid, Gredos, 1984): “El leopardo tiene cinco dedos en las patas delanteras y cuatro en las de atrás. La hembra es más robusta que el macho. Y si inadvertidamente catan la hierba llamada ‘pardalianco’, gastan la humana deyección para curarse”. ¿Cómo consiguen salvarse tales fieras? Nadie podría decirlo a partir de este texto, pues, aunque está citado fielmente, contiene un error de imprenta. El traductor escribió, sin duda, “gustan”, puesto que sigue el texto de A. F. Scholfield en la Colección Loeb (1958) y éste imprime λιχνεύσασα, en vez del ἀλιχνεύσασα de la tradición. Se trata de una conjetura de L. Radermacher (*RhM* 51, 1896, 463), quien adujo en su apoyo un texto de Cicerón (*De natura deor.* II 126), el cual implica que las panteras consiguen vomitar la carne envenenada comiendo o lamiendo excrementos humanos (*auditum est pantheras, quae in barbaria venenata carne caperentur, remedium quoddam habere quo cum essent usae non morerentur*). La conjetura, sin embargo, es superflua. Eliano escribió simplemente que esas fieras buscan (ἀλιχνεύω “rastrear” en palabra muy apropiada al contexto) excrementos humanos como contraveneno, y no necesitó decir más: era bien sabido cómo los utilizaban. Cf. Aristot., *HA* IX 6: Ἡ δὲ πάρδαλις ὅταν φάγη τὸ φάρμακον τὸ παρδαλιαγχές, ζητεῖ τὴν τοῦ ἀνθρώπου κόπρον· βοηθεῖ γὰρ αὐτῇ. También *Mirab. auscult.* 6; Aristoph. Byz., *Ep.* II 250; Plinio, *NH* VIII 100, XXVII 7. La hierba de la que se obtenía el veneno era el acónito, por lo cual entre otros sinónimos tenía el de “ahoga-leopardos”, παρδαλιαγχές, transmitido por muchos médicos y eruditos antiguos, entre ellos el mismo Dioscórides cuando habla de esta planta en IV 76 (véase el comentario correspondiente a la ilustración del acónito en el libro que reseñamos, p. 116).

Los Dres. González Manjarrés y Herrero Ingelmo señalan y corrigen muchos errores e inexactitudes del manuscrito. Advierten así que la ilustración de la βούπρηστις está equivocada y que tanto la grafía griega como la latina tienen errores ortográficos (p. 315), que ni el dibujo ni el nombre latino *phenix* corresponden al griego φήνη (p. 333) y que lo mismo ocurre en el caso de ἄρπη, mal identificado con *bubo* (p. 370); se corrigen itacismos (*anemoni* p. 99) y malas acentuaciones: σαμψούχον por σάμψουχον (p. 219), κόριδος (con iotacismo) por κορυδός (p. 325, κόρυδος era la pronunciación vulgar, cf. Herodiano en *Gramm. Graeci* III, I. I, p. 143, 9 Lentz). Alguna vez el mismo manuscrito vacila, como en αἰμόρρους y αἰμορρούς (349) El lector atento encontrará muchos otros detalles de buena filología, como la nota (p. 95) sobre la palabra antepuesta a los primeros nombres del manuscrito, ἱατρογραφίας, compuesto bien formado, pero del que no encuentro otros testimonios en los diccionarios; la comparación del adjetivo (p. 360) ἀμπέλειος, lat. *vinealis*, con ἐμπέλειος en el texto correspondiente de Nicandro (*Ther.* 782, ¿implica nuestro manuscrito una variante tardía en la tradición del poeta?). Cuando se considera necesario, se explica el origen de los nombres de las plantas. Así, p. 155 para el lat. *policaria* o *pulicaria*, con la cita de Laguna, “porque mata las pulgas...” (“hierba pulguera” continúa siendo un sinónimo popular de la olivarda); p. 192 para el narciso, cuyo nombre derivaría de νάρκη “sopor”, etimología corriente, en efecto, entre los antiguos (Plut., *Quaest. Conv.* 647 b; Plin, *NH* XXI 128; Eustat., *ad Iliad.* 87, 25), que aludiría a ciertos efectos narcotizantes de la planta, si bien el sufijo caracteriza en realidad el sustantivo como no griego; para los nombres griegos de plantas τηλέφειον y τεύκρειον (pp. 232 y 235); para el tipo de ámbar o de turmalina que se llamaba λυγγούριον y se creía orina petrificada de lince (p. 327).

Esta riqueza de informaciones puntuales se combina en el libro con una muy loable preocupación por la exactitud filológica, distinguiendo cuidadosamente las diferentes caligrafías en los nombres de las plantas y animales, atendiendo con rigor a su identificación y la denominación que tiene cada uno en nuestra lengua. Cuando es oportuno, se discute con detalle la equivalencia entre nombres griegos y latinos, como ya se ha indicado. El conjunto del facsímile del manuscrito y del volumen complementario tiene un precio considerable, como no podía ser menos, que impedirá su adquisición para la mayor parte de las bibliotecas privadas. Las públicas y los particulares que dispongan de suficientes medios, en cambio, harán muy bien en adquirir estos libros, seguros de que el valor del manuscrito tan cuidadosamente reproducido y los comentarios de los Dres. González Manjarrés y Herrero Ingelmo se complementan perfectamente y hacen de esa adquisición una posesión para siempre, como decían los clásicos, un κτήμα ἐς αἰεί.

MANUEL GARCÍA TEIJEIRO